

www.elboomeran.com

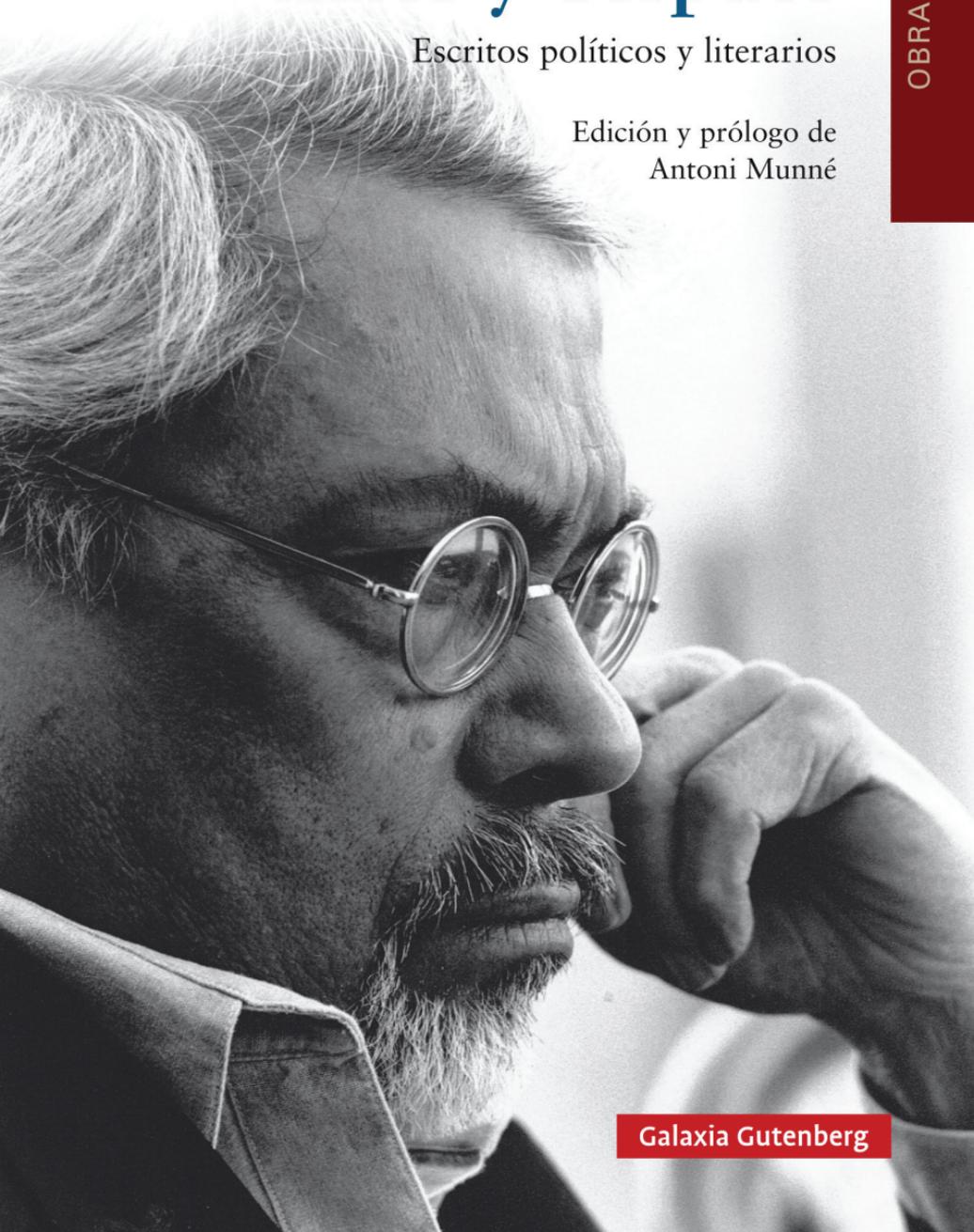
Guillermo Cabrera Infante

Mea Cuba
antes y después

Escritos políticos y literarios

Edición y prólogo de
Antoni Munné

OBRAS COMPLETAS II



Galaxia Gutenberg

GUILLERMO CABRERA INFANTE

OBRAS COMPLETAS II

MEA CUBA

antes y después

Edición y prólogo de Antoni Munné



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación,
Cultura y Deporte.

Edición al cuidado de Antoni Munné

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril 2015

© Herederos de GUILLERMO CABRERA INFANTE, 2015

© Del prólogo: Antoni Munné

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria Garcia

Impresión y encuadernación: Rodesa

Depósito legal: DL B 15542-2015

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-894-5 (tomo II)

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-892-1 (obra completa)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

PRÓLOGO

Ya no se puede más

I will try to express myself in some mode of life or art as freely as I can and as wholly as I can, using for my defense the only arms I allow myself to use – silence, exile, and cunning

JAMES JOYCE.

A Portrait of the Artist as a Young Man

I

«Ya no se puede más». Estas cinco palabras son las que cierran la obra capital de Guillermo Cabrera Infante, *Tres Tristes Tigres*, y fueron también, según el testimonio de su viuda Miriam Gómez, unas de las últimas que pronunció, hace ahora diez años, antes de morir de una septicemia en un hospital londinense. Metáfora de una vida, en realidad la frase no era el verdadero final del libro, sino el resultado de la intervención de la censura española. El autor supo hacer de la necesidad virtud y con ello consiguió el mejor de los finales posible.¹

Esa frase, de resistencia hasta el límite, sirve para introducir este volumen, *Mea Cuba, antes y después*, llamado –tal vez impropia-mente– de escritos políticos y literarios, pero que en realidad es una extensa colección de ensayos nacidos de unas circunstancias biográficas concretas que probablemente en otro contexto no se hubieran producido ni hubieran dado lugar al libro que tenemos en las manos. Una evidencia más de que la

1. «The last sentence in his version [la del censor], all in lowercase and without punctuation, was *can't go no further*. Who could ask for a better ending». Véase la entrevista que le hizo *The Paris Review*, «The Art of Fiction», núm. 75.

historia no la escriben los escritores y de que su curso se equivo-
ca muchas veces de dirección.

Los textos que se recogen aquí son el relato de una gran de-
cepción y, al mismo tiempo, una autobiografía camuflada. Ca-
brera Infante pertenecía a la especie privilegiada de los escritores
del yo, y es lógico que su personalidad, velada o explícita, asome
en cada una de sus páginas. Habrá quien lo considere un libro
político. Estará en lo cierto si un testamento de alguien que qui-
so pensar por su cuenta es un testimonio político. Tras cuarenta
años de exilio, en el momento de su muerte, un periódico inglés
como *The Guardian* lo describía así: «Un consistente anticastris-
ta, Cabrera Infante no fue especialmente derechista y puede ser
descrito como un individualista libertario». Tal vez no sea esta
la etiqueta más adecuada para definirlo, pero es reveladora de la
conducta de alguien que siempre actuó de acuerdo con sus ideas.

II

El exilio es, en la mayoría de los casos, una exigencia moral
(«Mi única fuerza es intelectual y, por supuesto, moral»).¹ Es
cierto que hay exilios obligados, forzados por una situación lí-
mite que puede conducir a la cárcel o al paredón. Son exilios que
se viven como una huida, como la escapatória a un destino trá-
gico. En cambio, la mayoría de las veces lo que mueve a alguien
al exilio es la imposibilidad física o psíquica de seguir viviendo
durante más tiempo en unas condiciones de falta de libertad (y la
libertad, como casi todo en la vida, es siempre subjetiva). Esta
especie de asfixia conduce a un tipo de resistencia que general-
mente comporta un alejamiento –o extrañamiento– de la reali-
dad en la que nos ha tocado vivir. A diferencia de la condición de
emigrado o de refugiado, que casi siempre está motivada por la
dificultad de subsistir en el territorio en que uno ha nacido, a
la de exiliado se puede llegar desde situaciones económicas, so-
ciales y laborales de muy distinta naturaleza.

Sin embargo, estamos demasiado habituados a considerar la
palabra exilio como si de una forma de vida se tratara, como si
la resolución de emprender el camino del exilio no comportara

1. En «La visita del Vicario», p. 790 de este volumen.

un profundo desasosiego mental a la hora de abandonar hábitos, amistades, familia, lengua y otros muchos componentes de lo que constituye la esencia humana y la necesidad de pertenencia a un lugar. Utilizamos el concepto de manera banal porque está demasiado extendido y somos incapaces de leerlo como una anomalía, como algo a erradicar, algo que atenta sustancialmente a los derechos mismos de la persona.

Hay, es cierto, exilios que se dan en situaciones de paz, en que la libre expresión de las ideas obliga a abandonar el statu quo, pero por norma general el exilio se produce a consecuencia de situaciones traumáticas: cambios de régimen, golpes de Estado, revoluciones que de un día para otro alteran el orden cotidiano de las cosas y hacen que lo que hasta ayer fue vivible deje de serlo.

En el caso de los intelectuales, y por extensión de los escritores como Guillermo Cabrera Infante, nada de este componente humano les es ajeno. Sobre todo en lo que atañe a la libre expresión de las ideas. La historia de la literatura está plagada de casos. Desde Ovidio, uno de los primeros escritores exiliados, a quien Cabrera Infante rememora en el exergo magistral al ensayo «El nacimiento de una noción» –«La hora cero romana que sonó para Ovidio ha sonado para nosotros hace rato, desterrados por un falso emperador»–, persiste esa misma condición, una condición que otro exiliado ilustre, con aires mucho menos tropicales, el poeta ruso Joseph Brodsky, definió en su día como «la tragicomedia del exilio».¹

III

El fragmento con el que este volumen concluye, el que le sirve de colofón, y que ha sido extraído de *Cuerpos divinos*,² puede ser leído como una síntesis del pensamiento del autor: las ilusiones transformadas en pesadilla. Un enorme pesimismo que no nace de la nada, sino que es el fruto del tránsito de una dictadura a otra dictadura, tal vez más terrible, y de cómo se llega a la decep-

1. Joseph Brodsky, «La condición a la que llamamos exilio», en *Del dolor y la razón*. Destino: Barcelona, 2000.

2. Guillermo Cabrera Infante, *Cuerpos divinos*. Galaxia Gutenberg: Barcelona, 2010.

ción, que podría ser también desengaño, sufrimiento, desesperación. En última instancia, cómo desde esta épica del exilio se va gestando una obra totalmente singular.

Si la Revolución no se hubiera torcido, si la sospecha y la delación no se hubiesen convertido en una práctica habitual, si no hubiesen existido campos de internamiento para los que pensaban distinto, si no se hubiera perseguido a los homosexuales... probablemente este volumen nunca hubiera existido. Al recoger las crónicas cinematográficas de GCI¹ ya vislumbrábamos que, bajo la fascinación por el séptimo arte, toda su etapa como crítico en *Carteles*, y la misma creación del personaje de G. Caín, preludivan el advenimiento de un gran escritor y de una literatura propia: una escritura brillante, alegre, inteligente, en la que *le mot juste* bailaba al son caribeño de la pirueta verbal y del calembour.

Del mismo modo que el cine supuso para él la apertura a una literatura viva, mordaz a veces, divertida siempre, la política lo fue revistiendo de un talante adusto, serio, acorde con la época en que le tocó vivir. Porque ya en esos mismos escritos se percibía, se intuía, la preocupación por el curso de los acontecimientos del país.

Recordémoslo: la dictadura instaurada por el general Fulgencio Batista, fruto del golpe de Estado que le había llevado al poder en 1952, y que comportó el derrocamiento del régimen democrático existente, la supresión de las libertades constitucionales y la dependencia de los Estados Unidos, que habían dado apoyo al levantamiento militar. La represión a que fue sometida la población provocó la aparición de importantes movimientos de protesta, sobre todo entre el sector estudiantil, que fue objeto de violentas represalias por parte de los poderes gubernamentales. En este contexto de enfrentamiento con el régimen tendrían lugar acciones importantes, como la del asalto al Palacio Moncada, en 1953, promovido por un entonces joven Fidel Castro y en el que participarían actores, como Gustavo Arcos, que en un futuro no demasiado lejano tendrían un papel importante en la vida de Cabrera Infante. Episodios como estos fueron configurando en él una conciencia política que se trasluciría en su trabajo como periodista, incluso en una labor aparentemente tan alejada del compromiso como la de la crítica de cine.

1. Guillermo Cabrera Infante, *El cronista de cine*. Obras Completas I. Galaxia Gutenberg: Barcelona, 2012.

Estas inquietudes políticas, fomentadas por amigos mayores que él, como Antonio Ortega o Carlos Franqui, o por compañeros de generación (Tomás Gutiérrez Alea, Néstor Almendros, el mencionado Alberto Mora), harían que, aunque nunca se vinculase orgánicamente a los protagonistas de la resistencia antibatistiana –la militancia incondicional de sus padres Zoila y Guillermo en el partido comunista le había inmunizado para ello–, simpatizase, se acercase o interviniese en alguna de las acciones llevadas a cabo por uno de los grupos que más contribuyó al cambio político: el Directorio Revolucionario Estudiantil, organización que, en 1957, había sido la encargada de llevar a cabo el fracasado asalto al Palacio Presidencial, durante el transcurso del cual morirían la mayor parte de los asaltantes (entre ellos Menelao Mora, padre de su íntimo amigo Alberto) y que semanas más tarde tendría un trágico corolario en forma de masacre con el asesinato de sus escasos supervivientes, entre ellos su amigo de infancia Joe Westbrook, en lo que es conocido como la matanza de Humboldt 101.

Esta muerte le dejó una profunda huella y fue uno de los factores que le animó a escribir muchas de las viñetas –ese género especial de texto: corto, frío y descriptivo, entre poema y prosa, generalmente a partir de una imagen– que conforman la práctica mitad del libro *Así en la paz como en la guerra* y la totalidad de *Vista del amanecer en el Trópico*.

En su caso, y en el de muchos otros, las esperanzas puestas en la Revolución no eran tan imperativas como el ferviente deseo de derrocar la dictadura batistiana. El estallido de aquella, la noche de fin de año de 1958, con la huida de Batista y la entrada de los rebeldes en La Habana, ocupa muchas páginas de este volumen, y también es uno de los ejes centrales de la citada *Cuerpos divinos*, una de las obras que dejó inacabadas, en la que trabajó durante muchos años, y que solo sería publicada tras su muerte.¹

Es difícil desarrollar en tan breve espacio la evolución biográfica del autor de *Tres Tristes Tigres*. Son numerosos los artículos y ensayos que se le han dedicado. Nuestro relato se limitará a hacer referencia a algunos episodios puntuales, y remitirá al

1. Hay una enorme cantidad de papeles sin clasificar que el autor probablemente hubiera utilizado en una redacción final y que se publicarán en un futuro volumen de estas obras completas.

lector a la última pieza de este volumen, ese «ensayo de prosa biográfica», llamado «Orígenes», que desde su primera redacción en 1975, dentro del volumen O, el escritor fue actualizando hasta una última versión aparecida en 1999.¹ De todos modos, para seguir fielmente el curso de los acontecimientos es imprescindible acudir a la única biografía propiamente dicha que se le ha consagrado hasta el momento, la del profesor Raymond D. Souza, *Two Islands, Many Worlds*,² que desgraciadamente se detiene en 1996, año de su publicación. Fuera de esta tentativa de aproximación global, son muchísimos los libros y artículos, publicados en papel o en internet, que se dedican a escrutar distintos episodios de la vida de GCI. De entre todos ellos, cabe destacar muy especialmente los que le dedicaron Nivia Montenegro y Enrico María Santí, como introducción a *Infantería*,³ una extensa selección de sus escritos al cuidado de los dos mencionados profesores.

IV

Tras la desaparición de Batista del escenario, el país se sumerge en un clima de euforia y cambio. Pese a compartir la alegría del momento, Cabrera no se deja llevar por los excesos y contempla cómo algunos de sus amigos abandonan el barco. Pero la vida sigue y él continúa ejerciendo la crítica de cine para *Carteles*, al mismo tiempo que es nombrado director del Consejo Nacional de Cultura. Es el momento en que Carlos Franqui, que primero le había pedido que colaborara en *Revolución*, le propone crear y dirigir el suplemento literario *Lunes de Revolución*.

Antes de asumir esta responsabilidad, nuestro autor se contagia del entusiasmo popular y publica dos significativos artículos recogidos en este volumen como prueba indiscutible del compromiso adquirido. El primero, «La isla partida en dos», toda-

1. Fecha de la publicación de una nueva edición, sin los cortes de censura, y con motivo del 70 aniversario de su autor, de *Tres Tristes Tigres*. Seix Barral: Barcelona, 2000.

2. Raymond L. Souza, *Two Islands, Many Worlds*. University of Texas Press: Austin, 1996.

3. Guillermo Cabrera Infante, *Infantería*. Fondo de Cultura Económica: México, 1999.

vía en *Carteles*,¹ ya es premonitorio de los acontecimientos que estaban por venir. El otro artículo, utilizado y difundido profusamente para acusarle por haber defendido los fusilamientos de los primeros meses, es una muestra suficientemente explícita de las posiciones de nuestro autor en una coyuntura concreta, y toda su trayectoria posterior se convertirá en una rotunda rectificación y una contundente autocrítica de lo que allí se afirmaba.

La historia de *Lunes* está perfectamente resumida en el artículo «Un mes lleno de lunes» que se ha incorporado para abrir la sección que se le dedica en este volumen. Sobre los contenidos de la revista, de breve vida (desde el 23 de marzo de 1959 hasta el 9 de noviembre de 1961), y sobre su cierre y las consecuencias que comportó, existe una extensa bibliografía, pero sigue siendo fundamental el libro que le dedicó William Luis² y del que está extraído el citado texto.

En este apartado encontraremos todos los artículos firmados por Guillermo Cabrera Infante en el magazine. Seguramente escribió también muchos de los editoriales que aparecen sin firmar, pero aquí solo se han incluido aquellos que llevan sus iniciales o su nombre completo. Pese a las reservas que hubiera podido mantener respecto del carácter de la Revolución, son la prueba inequívoca de su compromiso con la misma y de ello pueden dar fe incluso los más circunstanciales, dedicados a temas aparentemente intrascendentes como el ballet, la creación de un parque o los concursos literarios. Sin embargo, los hay inequívocos de su posición al lado de las gentes en lucha, de su crítica al papel imperialista de los Estados Unidos o de la condena hacia los que no se implicaban suficientemente en la batalla. Otra parte importante la ocupan los artículos dedicados a la literatura: la norteamericana, la de los escritores de color, la de autores extranjeros como Hemingway, Chéjov (sobre este último coincidiendo con un viaje oficial a Moscú). Pero también hay homenajes a los

1. La revista, que había sido fundada en 1919, y que como Cabrera Infante gustaba de decir «era la segunda revista de Cuba», coexistió con el régimen revolucionario cerca de un año y medio, hasta el 31 de julio de 1960, en que dejaría de publicarse, con la partida de su director, Antonio Ortega, a Venezuela.

2. William Luis, *Lunes de Revolución. Literatura y cultura en los primeros años de la Revolución Cubana*. Verbum: Madrid, 2003.

perdedores de la guerra civil española –«El fin de la esperanza»–, y también incursiones a temas de contenido artístico. Dejando aparte el tono propagandístico inherente a una publicación nacida en esas circunstancias, la inmensa mayoría de sus artículos de *Lunes de Revolución* destacan, además de por su calidad intrínseca, por la enorme dignidad que destilan y, en cuanto a la escritura, son un reflejo brillante del periodismo que Cabrera siempre supo practicar, como se podrá ver en otros volúmenes de estas obras completas. En cuanto a la línea ideológica del suplemento, el lector la encontrará perfectamente expuesta en la declaración de principios del editorial de su primer número «Una posición». Por todo ello, mediante el equilibrio entre política y cultura –esa *politique des auteurs* de la que habla en su «Cronología»– y el juego dado a una enorme pluralidad de voces, *Lunes* se convirtió no solo en un semanario referencial, tanto en Cuba como en todas partes, sino también en el incómodo portavoz de unas ideas que no siempre se mostraron complacientes con lo establecido.

En *Lunes* colaboraron la mayoría de escritores de su generación, con la presencia de Virgilio Piñera como figura emblemática y la participación de la mayoría de las firmas más reputadas de la época. Viendo la heterogeneidad de sus coetáneos y observando las distintas trayectorias que emprenderían posteriormente, es fácil comprender que para que esa confluencia momentánea tuviese lugar la figura de Cabrera Infante fue no solo determinante por el papel que ejerció como director, sino como inspirador, aglutinador y catalizador de los principales números publicados.

Tanto por su contenido periodístico como por lo que supuso de punto de inflexión en su pensamiento, uno de los artículos más destacados es «La letra con sangre», en el que narra en primera persona su visita al escenario de la batalla (o «batallita», como él la denomina, de la Bahía de Cochinos, a la que asistió como un revisitado Fabrizio del Dongo (el personaje de *La cartuja de Parma*, de Stendhal, que vivió la batalla de Waterloo sin saberlo). Ese episodio de Playa Girón, al que acudió acompañado por su amigo Walterio Carbonell, «sociólogo y viejo marxista de raza negra», le abrió los ojos ante el nuevo rumbo que tomaba la Revolución. Su lectura es no solo apasionante por el ritmo narrativo, sino porque, por debajo del sentimiento patriótico que rezuman sus páginas, sabemos, gracias

al testimonio de su esposa Miriam Gómez, que fue probablemente ese el primer momento en que advirtió la presencia de militares soviéticos en las operaciones bélicas. Este giro brusco de la Revolución y la proclamación inmediata del carácter socialista de la misma empezaron a sumirlo en una perplejidad que se convertiría en desazón ante el cariz que adquirirían las cosas.

El desenlace dramático de la revista es de sobras conocido. El pretexto, la participación de *Lunes* en la producción del cortometraje *P.M.* de Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez Leal. El delator, el ICAIC, encarnado en la figura de su director Alfredo Guevara, el censor estalinista del régimen. La causa, la censura a los intelectuales, muy parecida a la de los «procesos de Moscú», de infausta memoria. El resultado, la llamada al orden, concretada en esa parodia de juicio llevada a cabo durante tres viernes consecutivos en la Biblioteca Nacional, con «la sentencia antes que el veredicto»,¹ como le gustaba citar a GCI emulando a la Alicia de Lewis Carroll, y la confesión de Piñera –«Tengo miedo»– como testimonio de un sentimiento que empezaba a instalarse entre los intelectuales críticos.

A partir de entonces ya no regresaría más a la redacción de *Lunes*, y los últimos números, dedicados a Vietnam, Laos, Corea o Rumanía, se realizarían sin su participación y estarían al cuidado de Ithiel León. Solo el último, el dedicado a Picasso, que había dejado preparado cuando se desencadenaron los acontecimientos, mantendría su impronta personal.

En el transcurso de unos pocos meses –aunque fuera una decisión que tal vez se venía gestando desde que Castro pronunciara su sentencia fúnebre, sin lugar a matices: «Con la revolución todo, contra la revolución nada»–, él, un intelectual comprometido con la lucha antibatistiana, simpatizante de la causa de la revolución e implicado en la fundación de una de las revistas culturales más valorada dentro y fuera de su país, decide, en un acto personal, libre y arriesgado, abandonarlo todo y se marcha, con sus dos hijas, a reunirse con su mujer y compañera para adentrarse en esa dimensión desconocida que llamamos exilio.

El resto es silencio (aunque en la actualidad, gracias a internet, quienquiera puede cerciorarse por sí mismo de la esperpén-

1. 'No, no!', said the Queen. 'Sentence first – verdict afterwards', en el original de *Alice in Wonderland*, de Lewis Carroll.

tica y ridícula diatriba de Fidel para extraer sus propias conclusiones). No es necesario decir nada más.

V

Pese a todas estas vicisitudes, la producción literaria de Cabrera Infante no se interrumpiría. Es durante este periodo cuando publica su primer libro *Así en la paz como en la guerra*. Este y *Vista del amanecer en el Trópico*, aparecida ya en el exilio, son dos obras que cuando se editaron fueron presentadas como literatura de ficción y sin duda así pueden ser consideradas. Pero ambas contienen aspectos que tienen mucho que ver con la posición política del autor y con su evolución literaria a lo largo de los años. Esta es la razón por la que incorporarlas a este volumen es algo más que una oportunidad. La primera de ellas es el fruto de los primeros años de escritura de GCI, y su propia composición, que alterna cuentos escritos durante cerca de ocho años con la inclusión de ese nuevo concepto narrativo que son las viñetas, ofrecía una obra literaria totalmente homologable dentro de los cauces de la ortodoxia del régimen recién nacido, pero que se alejaba mucho de lo que sería su estilo personal en el futuro. Seguramente por ello, una vez en el exilio, Cabrera se mostraría reticente a reeditarla, y solo accedería a permitirlo en 1974, como cuenta en «Cuentos curiosamente en veda», el texto que publicamos como apéndice

Así en la paz como en la guerra apareció en Ediciones R, la editorial que Cabrera había creado al amparo de *Lunes*, en paralelo al programa *Lunes en Televisión*. Como director de la misma nombró a Virgilio Piñera, que llevaría a cabo una selección de títulos muy diversos en cuanto a contenido y orientación y que abarcarían todo tipo de géneros, dando preeminencia a los autores del suplemento. Cuando Guillermo fue apartado del periódico, Piñera solo permaneció unos meses más al frente de la editorial para acabar de publicar los libros ya programados, entre los cuales se encontraba *Un oficio del siglo XX*.

Por su parte, *Vista del amanecer en el Trópico* fue originariamente el título con el que GCI se presentó al premio Biblioteca Breve que ganó en 1964. Como ya hemos explicado, una vez en el exilio, y durante su estancia en Madrid, modificó la versión entregada hasta el punto de eliminar lo que llamaría el tono de

«oportunismo político». Abandonado en espera de momentos más propicios, el libro, completa y convenientemente reelaborado, no vería la luz hasta diez años más tarde. En la ya mencionada cronología titulada «Orígenes», lo cuenta así:

Comprueba que su relación con la escritura ha cambiado y aunque antes ha dejado que las palabras lleguen al delirio (proceso que culminó en la traducción de *Three Trapped Tigers*), ahora sabe que ellas también pueden llevar al delirium tremens verbal –y se hace cauto–. Así comienza a completar una colección de ensayos y artículos cuerdos en cuya operación invierte un gran tiempo en lograr la cordura de lo simple.

Es atractiva y sugerente esta referencia a la cordura, a los artículos cuerdos, porque las viñetas que forman *Vista del amanecer en el Trópico* vienen a constituir un fresco de la historia cubana reflejada en forma de detalles cargados de significación crítica, tremendamente elíptica, pero de una enorme fuerza expresiva bajo la apariencia de una frialdad racional. Es, sin lugar a dudas, un libro singular dentro de su producción literaria al que, seguramente por distanciarse mucho de su estilo habitual, no se le ha concedido la importancia capital que tiene dentro de su obra y del conjunto de la literatura en lengua española.

VI

A principios de 1962, después de las llamadas «conversaciones con los intelectuales» y del posterior cierre del magazine, GCI pasará unos meses sin empleo que aprovechará para escribir el «Retrato del crítico cuando Caín», la parte más literaria y creativa de su segundo libro, *Un oficio de siglo XX*, y para preparar las conferencias que dictó en el Palacio de Bellas Artes entre la primavera y el verano de ese mismo año, que acabarían formando, más tarde en el tiempo, el libro *Arcadia todas las noches*. Durante ese intervalo de tiempo el gobierno tomó la medida de dispersar al núcleo más significativo de *Lunes*, mediante la estrategia de enviar a sus más conspicuos representantes a misiones culturales en el extranjero. Así, por ejemplo, Pablo Armando Fernández fue destinado a la embajada de Londres, Heberto Padilla a la de Moscú, mientras que Guillermo recibiría el ofreci-

miento de esa especie de destierro o, como él lo llama, de «exilio oficial», a la embajada cubana en Bruselas.

Fue durante estos meses de incertidumbre ante el futuro que le esperaba, cuando se gestó el estilo con el que hoy lo identificamos. En el penúltimo número de *Lunes*, en el apartado llamado «Obra en construcción», Cabrera publica un adelanto de una novela en curso, que en aquel momento llevaba el nombre de «La noche es un hueco sin borde». Surge ahí la deslumbrante prosa de «Ella cantaba boleros», que servirá de génesis a *Tres Tristes Tigres*. Este texto, junto con el brillante ensayo que acompañaba a las críticas de *Un oficio del siglo XX*, permite vislumbrar que fue ya en Cuba, alejado de los dictados del realismo socialista y de las consignas revolucionarias y oficiales, donde Cabrera Infante concibió la poética que conformaría su escritura posterior.

VII

El paso por la embajada cubana en Bélgica como *attaché* cultural y el posterior viaje a La Habana han sido narrados en otro de los libros póstumos que nos ha legado, *Mapa dibujado por un espía*. En él, el reencuentro con La Habana, con motivo del entierro de su madre, y el periodo de cuatro meses que tuvo que permanecer en el país antes de emprender el camino definitivo del exilio, le servirán de detonante para explicitar ese aprendizaje de la decepción que motivó su posterior actuación hasta el momento de su muerte. Tras instalarse en Madrid, empieza a acostumbrarse a la nueva realidad que le toca vivir y a tratar de alejarse de las preocupaciones que le ocasiona su nueva vida. No sería este un camino fácil, sino plagado de inconvenientes. Las dificultades se suceden, y se le cierra el acceso a interesantes ofertas laborales por el simple hecho de haberse apartado de la Revolución. Véase como ejemplo lo que él mismo cuenta a propósito de un trabajo en la UNESCO:

En 1966, viviendo con Miriam Gómez y mis dos hijas en un tenebroso sótano de Londres, solicité y gané por concurso el cargo de subdirector de *El Correo*, publicación en español de la UNESCO. Cuando me disponía a mudarme a París, vino una de esas situaciones de rectificación que son en realidad una ratificación al revés. Un

trabalenguas español lo expresa mejor al decir que donde dije Diago no dije Diago sino dije Diego dijo Diago. En otras palabras, había QUEDADO CESANTE antes de tomar posesión. ¿Qué había ocurrido? Juan Marinello, embajador de Cuba en la UNESCO que residía en La Habana, había vetado mi nombramiento. [...] El que abandona el paraíso queda condenado por desocuparlo.

De paso fue como una educación: en el comunismo hasta los mejores podían ser peores.

En medio de esta situación tan compleja, Cabrera tratará de no implicarse en cuitas políticas y se concentrará en su obra literaria. Su estancia madrileña la dedicará a transformar el manuscrito ganador del Biblioteca Breve, quitándole la pátina revolucionaria de las viñetas y convirtiéndolo en esa celebración de la noche habanera que hoy en día es *Tres Tristes Tigres*. Él mismo lo rememora: «Durante mucho tiempo guardé silencio. Me negué a conceder entrevistas, me encerré a trabajar y me aparté tanto de la política cubana como de los cubanos políticos de todos los colores».¹

Tras los problemas con la censura española, y viendo que Madrid se asemejaba cada vez más a un «patio de convento», el cine nuevamente acudirá en su rescate en la figura de un amigo, el cineasta Joe Massot, que le conseguirá trabajo como guionista en Londres, donde se trasladará definitivamente con su familia.

En 1966 yo vivía en un sótano de Earls Court, más pobre que las palomas de la estación alledaña y casi tan pacífico pero con menos habilidad para ganarme el pan de cada día. A media cuadra, en la misma calle, en igual pobreza vivía Mario Vargas Llosa. Pero su pasaporte era peruano, el mío cubano. De acuerdo con mi visa de visita no estaba autorizado para trabajar en Inglaterra en ningún trabajo «pagado o no». Así decía el sello de la inmigración. Inútil era decirles que yo me sentía más inglés que las palomas. Le escribí a Emir una carta desesperada y me contestó con un nil desperandum: enseguida había encontrado la solución. Yo sería corresponsal de *Mundo Nuevo* en Londres y mis amigos Juan Arcocha en París y Calvert Casey en Roma podrían prestarme dinero hasta que las colaboraciones en *Mundo Nuevo* se hicieran efectivo. Temprano

1. «La respuesta», p. 472.

en 1967 salió *Tres Tristes Tigres* en España, pero fue publicado primero en *Mundo Nuevo* en forma de fragmentos. Su publicación española se debió en gran medida a Emir, que, junto con Juan Goytisolo, persuadió al editor catalán que había premiado el libro cuando yo era diplomático y ahora que era exiliado quería olvidar el premio y el libro –y al autor naturalmente.

No es difícil imaginar que, pese a todos los rencores que pudiera albergar, el exiliado trata de recomponer su vida, y eso es lo que hizo GCI al llegar a ese *swinging London* que le permitió alejarse de las preocupaciones que lo acuciaban.

Sin embargo, en 1967, con motivo de la publicación en La Habana de la novela de Lisandro Otero, *Pasión de Urbino*, que había sido la finalista en la edición en que *Tres Tristes Tigres* ganó el premio Biblioteca Breve, estallaría de nuevo el escándalo. Siendo como era Otero un novelista adicto al régimen y Cabrera Infante un exiliado, la prensa cultural de la isla se volcó en elogios hacia aquel y vituperó al autor ganador. La única voz discrepante fue la del poeta Heberto Padilla, que se desmarcó del coro adulador y defendió la novela premiada. En el fondo, como se puede observar una vez más sin necesidad de leer entre líneas, por encima de las diferencias políticas existían razones de tipo personal para la conducta del poeta, pero las consecuencias fueron igualmente contundentes.

Padilla envió la suya: una violenta crítica que ponía por los suelos la novela de Otero y era un canto triunfal a la mía, que acababa de publicarse en España no sin antes tener ciertas dificultades con la censura de Franco. «¡Escándalo!», «¡Calumnia!», «¡Contrarrevolución!» gritaron desde *El caimán barbudo*. Dagas volaron feroces, fanáticas, filosas, de la tupida barba del caimán comunista y la barbuda turba. Padilla se había atrevido a alabar un mal libro hecho por un peor cubano: un contrarrevolucionario exiliado en Londres.¹

Es en ese contexto en el que Cabrera Infante rompe su silencio y en 1968 hace sus famosas declaraciones al novelista argentino Tomás Eloy Martínez, que en aquellos momentos trabajaba como periodista en el semanario bonaerense *Primera Plana*. Aunque en *Mea Cuba* se narra todo el desarrollo de los hechos

1. Véase «Mordidas del caimán barbudo», pp. 513-553.

desde el punto de vista del autor, merece la pena leer la versión del escritor argentino. Pese a lo extensa, creo que la cita es reveladora de lo sucedido:

Conocí a Cabrera Infante hace poco menos de cuatro décadas en las turbulencias del *swinging London*, cuando ningún intelectual de importancia se atrevía a hablar mal de la Revolución Cubana. Fue él quien rompió el fuego, de la manera más inesperada. En algún momento de junio de 1968 fui a visitarlo a su espléndido piso de Gloucester Road, donde vivía con su esposa, la actriz Miriam Gómez, y con un gato persa al que llamaba Offenbach. Fuimos esa noche a una fiesta en casa de la actriz Jane Birkin, recorrimos King's Road de arriba abajo, nos sacamos fotografías en Carnaby Street con Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa –conservo una, tomada por él, en la que aparezco flanqueado por los dos príncipes del boom, en una pose que a todos nos muestra muy solemnes–, y a las seis de la tarde del día siguiente me invitó a una función privada de 2001, *odisea del espacio*, en la que me tocó una butaca contigua a las de George Harrison y Ringo Starr, que eran los dioses de aquella década en agonía.

Después de la película, en un bar de King's Road, me habló con amargura de su último viaje a Cuba, en el verano boreal de 1965, cuando era todavía agregado cultural del gobierno de la revolución en Bruselas. «Mi madre acababa de morir de una enfermedad de la que nadie moría, otitis crónica, que se convirtió en una infección mal atendida –me dijo–, y cuando recorrí La Habana después de los funerales me di cuenta de que nada estaba en su lugar. Cuba ya no era Cuba. Era otra cosa, una mutación, un trueque de cromosomas. En una increíble cabriola hegeliana, mi país había dado un gran salto adelante, pero había caído atrás».

Quise tomar notas de lo que me estaba diciendo porque para eso había ido, para una larga serie de entrevistas sobre los grandes narradores latinoamericanos que vivían en Europa –García Márquez, en Barcelona; Cortázar, Carpentier y Severo Sarduy, en París; Fuentes, Vargas Llosa y Cabrera Infante, en Londres–, pero insistió en que no lo hiciera. Me propuso que siguiéramos hablando y que le dejara un cuestionario breve. Ya me enviaría las respuestas. Aquella noche, a la luz de unas velas psicodélicas, lanzó invectivas contra Castro que yo jamás había oído de nadie. Se esmeraba en pronunciar Kastro con K, «como Krushchev o Ku-Klux-Klan», y sin duda tenía razón en darme un texto ya escrito, porque a mí se me

hubieran escapado algunos juegos ortográficos que para él eran esenciales.[...]

Tardó un mes en contestar a mis cuatro preguntas inocentes: «¿Por qué está fuera de Cuba? ¿Cómo trabaja fuera de su país? ¿Por qué eligió Londres» y «¿En qué condiciones volvería?». Me envié diez páginas de vitriolo puro que, después de publicadas en el semanario *Primera Plana*, desencadenaron un alud de réplicas y contrarréplicas tan clamoroso como el famoso caso contra el poeta Heberto Padilla, que sucedió un par de años después. También el propio Padilla intervino en aquella discusión, negando que fuera acosado por el régimen, como Cabrera Infante sostenía. La cruda realidad se encargó de desmentirlo.¹

Ciertamente, pocos años después, en 1971, estallaría el verdadero «caso Padilla», a raíz de la concesión al poeta del premio Julián del Casal por su libro *Fuera del juego*. Este hecho provocó un sinfín de críticas, contracríticas y autocríticas que llegaron a salpicar a Cabrera Infante.

El «caso Padilla» supuso una verdadera fractura entre los intelectuales de izquierda. Quien más, quien menos, tomó partido por uno de los dos bandos de esa ridícula «guerra fría» que, vista con los años, parece una pelea de patio de colegio. Tanto en Europa como en América Latina –una denominación que Cabrera Infante detestaba– la batalla de las ideas se libraba también en los papeles, por medio de descalificaciones y excomuniones

VIII

En 1992, coincidiendo con el quinto centenario del descubrimiento de América,² Guillermo Cabrera Infante se decide a publicar un libro que él justifica con estas palabras: «Mis amigos lo han pedido, mis enemigos me han forzado a hacer un libro de

1. Tomás Eloy Martínez, *Para un Infante difunto*, *La Nación*, Buenos Aires, 5 de marzo de 2005.

2. «[...] la celebración del medio milenio del descubrimiento de esa isla, que se podría llamar la Infortunada, es una ocasión tan oportuna y tal vez más legítima que la fuga o la muerte de un tirano». *Mea Cuba*, p. 9 de este volumen.

estos obsesivos artículos y ensayos que han aparecido en la Prensa (decir mundial sería pretencioso, decir española sería escaso) a lo largo de veinticinco años y casi treinta de exilio. Ellos provocan y repelen una nostalgia que cabe en una sola frase: “¡Lejana Cuba, qué horrible has de estar!”».

Se refiere a *Mea Cuba*, un libro nacido de una doble demanda: la petición de la gente afín a sus planteamientos y la respuesta a sus antagonistas políticos, que no dejaban de hostigarle y atacarle, singularmente los que se quedaron en la isla defendiendo unas ideas que ya no eran las suyas, y todos ellos procedentes de un mismo campo ideológico.

Es significativo que el autor hable de obsesivos artículos. Cuando escribe estas palabras tiene sesenta y tres años. Hace veintisiete que ha abandonado la isla y es un escritor de fama internacional. El libro que se decide a publicar entonces es el compendio de todos los escritos «políticos» surgidos a partir de 1968, es decir, tres años después de dejar definitivamente Cuba y de realizar aquellas declaraciones a *Primera Plana* que le ocasionaron tantos problemas. En cierto modo, se podría decir que es el gran libro del exilio, una obra mayor dentro de su producción. Y su título, esa invocación a su país transformado en culpa, enmarca su ambición globalizadora.

Dado que *Mea Cuba* no es un capricho del destino, ni un simple azar, estas páginas solo han pretendido situar al lector, ayudarle a entender las razones que movieron a Cabrera a escribirlo, desde sus inquietudes revolucionarias de la primera hora, pasando por los cargos oficiales que ocupó y la etapa de *Lunes de Revolución*, las motivaciones del exilio, su ruptura con el régimen, y la sutil pero implacable persecución a que se vio sometido, a consecuencia de ello, hasta el fin de sus días.

IX

La primera edición de *Mea Cuba* fue publicada por la editorial Plaza & Janés en 1992. Pese a que gozó de una buena acogida de crítica y de público y se agotó rápidamente, contra lo que suele ser habitual no se reeditó. Corrió el rumor de que había habido presiones del gobierno cubano hacia el gobierno español y, de este, hacia la editorial. Por ello, un año más tarde, Cabrera autorizó una edición mexicana, a cargo de la editorial Vuelta,

creada por Octavio Paz, que es la que se ha venido considerando canónica.

Mea Cuba es el compendio de algunos de los mejores ensayos sobre la cultura y la política cubana escritos por su autor, aquellos que le valieron el desprecio de los castristas de su país y que motivaron el posterior calvario de descalificaciones y de insultos. Era un camino de no retorno. GCI fue tratado como un apestado por algunos exponentes progresistas de la *intelligentsia* española y latinoamericana (Cortázar, García Márquez, Fuentes, entre los más ilustres), mientras que, por el contrario, salieron en su defensa y defendieron sus posiciones autores como Mario Vargas Llosa, Juan Goytisolo o Jorge Edwards. Casos como el de su exclusión en el momento de la creación de la revista *Libre* (1971-1972), de la que Cortázar fue uno de los impulsores, son una muestra de la ceguera que producía la manipulación ideológica en aquella batalla de campos enfrentados.

Libro por encima de todo de respuesta, en la línea del «J'accuse» de Zola, en *Mea Cuba* es continua la denuncia de sus enemigos políticos, y por encima de todos de uno. Haciendo suya la máxima martiana «Del tirano di todo, di más», Cabrera Infante dedicó buena parte de su vida a criticar y vituperar la figura del gran dictador de su país: Fidel Castro. No es extraño que el protagonista/antagonista por definición del libro sea la figura de Fidel. Hay una lógica insular, mediante la cual parece que todo el mundo conoce a todo el mundo; desde este punto de vista, la figura de Fidel Castro es la encarnación personalizada de todos los males: el Líder Máximo, el Tirano Total, y GCI, genial recreador del lenguaje, sabrá bautizar sus años de gobierno con conceptos que perdurarán como definiciones de toda una época: castradura, castroenteritis, castrofobia. Es interesante ver cómo desde muy joven Castro le inspiró una desconfianza que se iría confirmando con el paso del tiempo y que haría que, ya en el exilio, lo llegara a comparar abiertamente con Hitler y con Stalin. En sus páginas asistimos al progresivo desplome del personaje, desde la admiración de la primera hora, la perplejidad por el culto a la persona y su engreimiento creciente, la sangre fría con que va despachando a sus colaboradores más cercanos, el entreguismo a los soviéticos, y el poder absoluto, la figura omnipotente y paranoica, la dictadura cruel. Aquí sí que la figura se convierte en obsesión, hasta el extremo de que Cabrera llegara a afirmar: «mi biografía ha sido escrita, de una manera o

de otra, por Fidel Castro y sus escribanos de dentro y fuera de la isla».

No menos mal parados aparecen muchos de sus adláteres, dibujados como mediocres «miñones» de Fidel: el Che Guevara, Armando Hart, Haydée Santamaría, Alfredo Guevara, Roberto Retamar, pasando por antiguos compañeros de pluma a los que reprochará conductas impropias. A todos ellos dedicará sabrosas inectivas que a veces adquieren matices gruesos, pero que no son sino una forma de ejemplificar el desviamiento de los valores de la Revolución en favor de un desaforado culto a la personalidad.

La crítica francesa radicada en México Fabienne Bradu¹ esbozó una acertada definición del libro: «la Otra Historia de la Revolución Cubana, el anverso de la medalla que el régimen castrista enarbola con dificultades cada vez más serias hacia dentro y fuera de la isla caribeña». Y es cierto, por sus páginas desfilan los acontecimientos más notables que afectaron externamente la imagen política del gobierno cubano. Entre muchos otros episodios: las persecuciones a homosexuales, los procesos a los disidentes, el juicio al general Ochoa, el naufragio del niño Elián, la visita del Papa, el embargo y el bloqueo, las ayudas encubiertas al gobierno castrista, en suma, todo un universo de arbitrariedades llevadas al nivel de la normalidad. Seguramente por ello es su libro más anatemizado, y el que lo sitúa, como ya hemos dicho en otra ocasión, entre los grandes disidentes del siglo xx.

X

En 1999, cuando Alfaguara, bajo la dirección de Juan Cruz, reeditó *Mea Cuba*, decidió dividirla por motivos editoriales en dos libros distintos. Uno fue la *Mea Cuba* propiamente dicha, que incluía los artículos más políticos, a los que se añadieron algunos más escritos entre la fecha de la primera edición y la de esta nueva, y un segundo título, *Vidas para leerlas*, juego de palabras con el clásico plutarquiano, para el que se aprovechó el material más estrictamente literario. Así pues, a *Vidas para leerlas* se trasladaron algunos ensayos de corte biográfico, como los dedicados al campeón de ajedrez José Raúl Capablanca o a Federico

1. Fabienne Bradu, «Mea Cuba», *Vuelta*, núm. 198, mayo de 1993.

García Lorca, y fundamentalmente los consagrados a autores que a juicio del autor formaban parte de lo mejor de la literatura cubana, su canon personal: Virgilio Piñera, Lino Novás Calvo, Enrique Labrador Ruiz, Carlos Montenegro, Lydia Cabrera, Calvert Casey, Severo Sarduy. El libro contiene también substanciosos retratos de los más afamados escritores del momento: Lezama, Carpentier, Nicolás Guillén, sobre los que vuelca una mirada entre respetuosa e irónica, según los casos. En cuanto a los autores que permanecieron en la isla, aunque a veces pueda mostrarse comprensivo con alguno de ellos (como con Antón Arrufat, por ejemplo), por norma general les dedica comentarios críticos e incluso sarcásticos por sus posiciones ambiguas o cercanas al poder (Roberto Fernández Retamar, Lisandro Otero, Cintio Vitier, Edmundo Desnoes). Muy diferente es su valoración de los escritores que salieron al exilio antes o después de él, una larga y heterogénea lista de nombres como los de Gastón Baquero, César Leante, Reinaldo Arenas o Raúl Rivero, entre otros, por los que demuestra siempre una evidente proximidad y una comprensión solidaria.

Ahora bien, en cuanto a figura literaria y política, la palma se la lleva José Martí. Teniendo en cuenta que en 1995 se celebró el centenario de su muerte, Cabrera escribió bastante sobre el autor del *Diario de campaña*. En *Mea Cuba* incluyó el artículo «El martirio de Martí», y en los apéndices que se han añadido a esta edición se encuentran otros dos que complementan su visión de Martí, no solo como el héroe nacional que es sino como «la personificación del escritor en el exilio» y «nuestro primer prosista», a quien considera «un verdadero original» y de quien llega a afirmar con rotundidad que: «La escritura de Martí —con todos sus excesos, por todos sus excesos— es el aparato barroco, conceptista y elocuente, más poderoso que ha producido la literatura española desde Quevedo».

Coincidimos con la reflexión que el ensayista cubano Rafael Rojas escribió refiriéndose a este libro: «Cabrera Infante expone su política del espíritu. Una política que, como es bien sabido, se funda en la oposición pública y constante al régimen totalitario que, desde hace cuarenta y cinco años, encabeza Fidel Castro en Cuba. Por momentos, la puesta en escena de esa posición alcanza una destilada elocuencia, casi filosófica».¹

1. Rafael Rojas, «Cabrera Infante: el estilo contra la historia», *Letras Libres*, México, septiembre de 2004.

En los «Apéndices» antes mencionados, que recogen artículos inéditos solo publicados en prensa o que se conservan en manuscrito entre el ingente número de papeles que se encuentran en sus archivos, Cabrera vuelve sobre muchos de los temas ya tratados, pero hay también estupendos y originales retratos de personajes como el del crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, que tan importante papel desempeñó en sus primeros años de exilio, el de los fotógrafos Alberto Korda y Jesse Fernández, que por razones distintas también ocupan un lugar relevante en su biografía, o diatribas contra personajes que, por diferentes razones, no gozaron precisamente de su estima (Eloy Gutiérrez Menoyo).

XI

Cuando en 1979 publicó *La Habana para un infante difunto*, fueron frecuentes entre la crítica las alusiones a la memoria y a la nostalgia como elementos constitutivos de la obra de Cabrera Infante. A lo largo de *Mea Cuba*, estos dos conceptos, a veces cercanos, a veces contradictorios, aparecen repetidamente a lo largo de los textos: «La nostalgia es la memoria del alma», «la nostalgia, el espejo retrovisor», para acabar calificada, en el prólogo de *TTT* y en una alguna entrevista, como «la puta del recuerdo». Sus exhortaciones a la memoria –deudoras como él mismo refiere del *Habla, memoria* nabokoviano– son más elaboradas. Es en un texto aparentemente circunstancial¹ donde aparece la mejor definición en cuanto a la relación de esta con la cultura: «La cultura está hecha, como toda colección humana, de memoria. No hay cultura, primitiva o sofisticada, sin memoria [...]. Sin memoria no hay nada». «La memoria es un vademécum: va conmigo. Es también la madre de la moral: nuestra conciencia está hecha de memoria. La culpa es el recuerdo de un crimen». No es de extrañar, pues, que se fijara como objetivo construir su literatura a partir de esta reconstrucción mental, como expresa en otro lugar de este mismo texto: «Al regresar a Europa, a Madrid precisamente, me encontré que la única tarea que era para mí de alguna consecuencia era reconstruir La Habana mediante la memoria y revivir su esplendor perdido en un libro».

*

1. «Ser o no ser breve», pp. 976-979.

«Silencio, exilio, astucia». Este *motto* joyciano, extraído del *Retrato del artista adolescente*, con el que se abría este prólogo, nos parece una definición perfecta de la estrategia seguida por Cabrera, desde que abandonó la isla, para liberarse del peso del pasado y desarrollar su carrera literaria.

La autocrítica es algo que los extremistas, tanto de izquierdas como de derechas, solo parece entender como chantaje: o conmigo o contra mí. Pensar libremente en medio de las adversidades puede conducir a situaciones incómodas pero consolida las ideas y, en el caso de un escritor como Cabrera Infante, sirve de pretexto para elaborar la reflexión que subyace en cada uno de los ensayos que conforman este volumen. Para él fueron una necesidad y una respuesta; para sus lectores, una forma de acompañarle en este recorrido autobiográfico que circula en paralelo a lo que fueron las dos grandes pasiones que alimentaron su obra: el cine y la literatura. En todos sus escritos se interpela y nos interpela, a los cubanos y a los que no lo son. Y lo hace desde el único poder que atesora un escritor: el de la palabra. Desde ese terreno, podemos estar seguros de que por encima de las coyunturas sus libros perdurarán, y esto es lo de verdad importante. Su exilio fue para quedarse.

ANTONI MUNNÉ
Mayo de 2015